

Vida de Santa Cecilia

Santa Cecilia es una de las vírgenes y mártires romanas más veneradas. Su nombre se halla en el Canon de la Misa. Brillan en ella las gracias con que el Señor quiso decorarla, especialmente la firmeza de su fe y la integridad de su castidad.

1º Primera infancia de Santa Cecilia.

Nació Santa Cecilia en Roma, y pertenecía al noble linaje de los Cecilios. Sabemos que desde muy temprano fue instruida en el cristianismo, tal vez por alguna de sus abuelas o nodrizas convertidas a la fe, pues sus padres permanecieron en la infidelidad, aunque no parecen haberla contrariado en su adhesión a una religión que cada vez ganaba más adeptos, y que tenía seguidores incluso en el palacio imperial.

Por eso mismo, aunque fue educada en la opulencia y pompa romana, Cecilia supo hacerse ajena a los atractivos del siglo, y practicar con entera fidelidad la ley divina que Cristo vino a traer a los hombres. Cecilia oraba así con los fieles en las iglesias donde se celebraban los sagrados misterios con cierta publicidad, durante los días de Alejandro Severo, más serenos para la religión cristiana por la tolerancia que mostró hacia los cristianos.

El amor de Cristo que Dios infundió en el corazón de la joven Cecilia, alma limpia y recta, fue tan grande, que Cecilia tenía todas sus delicias en conversar continuamente con Jesús en su interior. Como nos dice el Breviario, *«no cesaba de estos divinos coloquios ni de día ni de noche»*; todo su amor estaba en Nuestro Señor. Y hasta tal punto supo cautivar Nuestro Señor esta alma, que le inspiró el deseo de entregarse enteramente a El; y así, ya antes de llegar a la edad núbil, hizo a Dios voto de virginidad, esto es, de no admitir jamás esposo mortal. Para mostrarle el Señor cuán agradable le fue este voto, dio orden a su ángel de la guarda de mostrarse a ella continuamente, y de defender su virginidad contra el mundo, contra los sentidos y contra todo temerario que se atreviese a desearla.

2º Matrimonio de Cecilia, y conversión de Valeriano y de Tiburcio.

Llegó, con todo, la edad núbil, en que toda joven debía ser casada. Los padres de Cecilia, aunque la dejaban practicar la religión cristiana, la obligaron a con-

traer matrimonio, puesto que ignoraban el voto que su hija hizo a Dios. El elegido para esposo de Cecilia fue un joven pagano llamado Valeriano, noble de nacimiento y de hermosas cualidades físicas y de alma. Cecilia, llena de estima por las cualidades de este joven, lo hubiese amado como a un hermano; pero ella era ahora su prometida. Tenía, es cierto, la protección de su ángel de la guarda, pero ahora había llegado el tiempo en que ella misma debía luchar por guardar fidelidad a Nuestro Señor.

Por eso, se preparó a las bodas por medio: • de la *penitencia*: debajo de sus suntuosos vestidos, disimulaba un cilicio que mortificaba su carne inocente; • del *ayuno*: según el uso de los primitivos cristianos, cuando se quería alcanzar una gracia del Señor, se ayunaba durante dos o tres días, tomando solamente una frugal colación que sostuviese la vida; • de la *oración* ardiente y continua que se escapaba de su corazón: ¡con cuántas instancias debía suplicar a Dios por esa hora que tanto temía!

Llegó, por fin, el día en que Valeriano debía desposarse con Cecilia. Cecilia contrajo matrimonio con Valeriano con la firme voluntad de permanecer fiel a Cristo y de convertir a su esposo a la fe católica. Durante el banquete de bodas, en que todos cantaban y danzaban al son de los instrumentos, Cecilia —nos dice una hermosa antifona— cantaba interiormente en su corazón: «*Consérvese inmaculado mi corazón, para que no sea yo confundida*». Después del banquete Cecilia fue conducida a la habitación nupcial, y allí, apenas entrada, se volvió hacia Valeriano y le dijo:

—*Tierno amigo, tengo que confiarte un secreto, pero júrame que me lo respetarás.*

Valeriano se lo juró con ardor, y Cecilia le replicó entonces:

—*Mira, tengo como amigo al ángel de Dios que vela sobre mi cuerpo con solicitud. Si él ve que, en la mínima cosa, te atreves a obrar conmigo arrastrado por un amor sensual, su furor se encenderá contra ti y sucumbirás bajo los golpes de su venganza; mas si, al contrario, ve que me amas con un amor sincero y un corazón sin mancha, y guardas inviolada mi virginidad, te amaré como me ama a mí y te colmará de sus favores.*

Valeriano, completamente perplejo ante esta situación inesperada, no acertó sino a contestar:

—*Cecilia, si quieres que crea en tus palabras, hazme ver a este ángel. Cuando lo vea, lo reconoceré por el ángel de Dios, y haré lo que me pides; mas si amas a otro hombre, yo mismo te atravesaré, a ti y a él, con mi propia espada.*

Cecilia le contestó que vería ciertamente al ángel de Dios si aceptaba hacerse cristiano y bautizarse. Como Valeriano, en quien empezaba a hacer efecto la gracia implorada por las penitencias y oraciones de Cecilia, accedió, Cecilia lo envió a San Urbano Papa, que vivía entonces escondido, e instruido por él recibió de sus manos el bautismo. Al volver a donde estaba Cecilia, la halló orando; y junto a ella vio al ángel, rodeado de gran esplendor, que tenía en la mano dos coronas de flores frescas, y les dijo:

—*Mereced conservar estas coronas por la pureza de vuestros corazones y la santidad de vuestros cuerpos. Y ahora, Valeriano, puesto que accediste al deseo de Cecilia, Cristo, el Hijo de Dios, me envía a ti para concederte lo que quieras pedirle.*

Valeriano expresó entonces su ardiente deseo de que su hermano Tiburcio, a quien amaba entrañablemente, recibiera como él la fe y el bautismo. El ángel le prometió que él mismo ganaría el corazón de su hermano para Cristo.

Así sucedió de hecho: Tiburcio, venido a visitar a su hermano para felicitarlo por su matrimonio con Cecilia, fue exhortado al punto por Valeriano a hacerse cristiano. Frente a las dudas de Tiburcio, Valeriano, ayudado por Cecilia, le habló de la vida eterna que no perece, de las riquezas del cielo, y del ángel protector de Cecilia, que les había prometido ya a ambos la corona del cielo. Tiburcio manifestó al punto el deseo de ver al ángel, como garantía de lo que le enseñaban, y aceptó para ello ser instruido en la religión cristiana y bautizado, como había accedido antes Valeriano al pedido de Cecilia.

Ya convertidos, Valeriano y Tiburcio se distinguieron entre todos los cristianos de Roma por sus obras de caridad, especialmente la de enterrar los cuerpos de los cristianos martirizados; pues aunque el emperador Alejandro Severo se había mostrado tolerante con la religión cristiana, estaba ausente de Roma, y durante su ausencia el prefecto Almaquio, arrogándose derechos que no tenía, empezó a perseguirlos cruelmente. Enterado Almaquio de la actividad de Valeriano y Tiburcio, los mandó comparecer delante de él para ofrecer libaciones a los dioses y mostrar así que su profesión de cristianismo no era verdadera. Valeriano y Tiburcio se negaron a ello, refutando todos los razonamientos de Almaquio, por lo que Almaquio los condenó a muerte: siendo nobles romanos, debían ser decapitados.

Al enterarse Cecilia de la condenación a muerte de Valeriano y de Tiburcio, se despidió de ellos diciéndoles:

—*¡Valor, soldados de Cristo, arrojad las obras de las tinieblas y revestíos de las armas de la luz!*

Durante el camino al suplicio, Máximo, que debía ejecutarlos, quedó atónito de la tranquilidad con que Valeriano y Tiburcio, muy considerados en Roma, iban a la muerte. Les preguntó la razón, y los dos hermanos le hablaron de Cristo y de la vida eterna, y lo exhortaron a convertirse, prometiéndole como señal de la verdad de lo que le decían que en el momento en que serían ejecutados vería las coronas que recibirían de Dios. Así sucedió de hecho, y Máximo se convirtió a la fe con un gran número de soldados (unos 400). Todos ellos murieron también mártires de esta persecución de Almaquio.

3º Martirio de Santa Cecilia.

El prefecto Almaquio fue informado de la influencia que tuvo sobre Valeriano su esposa Cecilia, por lo que al punto la hizo comparecer delante de sí para que desmintiera ser cristiana. Cecilia, que conocía bien la doctrina evangélica,

refutó sabiamente todos los argumentos con que Almaquio trataba de persuadirla para que adorara a los dioses romanos. Viendo que era inútil insistir, Almaquio mandó que Cecilia fuese ejecutada; mas no queriendo derramar la sangre de una joven de tal nobleza, mandó que se la encerrara en los baños de su palacio, y que allí fuese asfixiada por el vapor y la falta de aire.

Así se hizo; mas el vapor y el humo no lograron asfixiarla, ya que Dios envió, como en el caso de los jóvenes del horno de Babilonia, una brisa que dejó salva y sana a la joven. Enterado Almaquio del prodigio, mandó que un verdugo le cortara la cabeza.

Cecilia había suplicado al Señor la gracia de vivir aún tres días, ya que sabía que el Papa San Urbano se hallaba escondido en su palacio, y quería recibir antes de morir su bendición y los sacramentos. Y así dispuso Dios que el verdugo manejara torpemente su espada y le diese tres golpes en el cuello sin lograr decapitarla. No le estaba permitido al verdugo rematar a la víctima después de un tercer golpe dado sin acierto; por lo que Cecilia sobrevivió aún tres días en este estado de agonía, mientras era asistida por San Urbano y consolaba y alentaba a todos sus familiares y a los pobres a los que tenía costumbre de auxiliar con sus limosnas.

Murió Santa Cecilia, y fue sepultada en la misma postura en que había muerto: recostada sobre su lado derecho, las rodillas reunidas con modestia, la cabeza caída hacia el suelo, los brazos extendidos el uno sobre el otro, y sus dedos profesando el misterio de la Santísima Trinidad.

Conclusión.

Santa Cecilia es un ejemplo ilustre del poder que la gracia tiene:

- Ante todo, para ganar para Dios a un alma en medio del lodazal y peligros del mundo, insinuándole deseos de entregarse sólo a El y de desprenderse de todo lo terreno.
- Luego, para difundir alrededor suyo ese ejemplo de vida virtuosa, llevando a otras almas a la conversión, a la vida cristiana e incluso al martirio.
- Finalmente, para mantener a esas mismas almas firmes y constantes en los propósitos tomados, refutando todos los sofismas, pretextos, halagos y amenazas de que se valen el mundo y el demonio para amedrentar a quienes quieren ser fieles a Dios.

Que esta Santita, grande ante Dios y los hombres, nos alcance de Dios la gracia de la docilidad y de la fidelidad a nuestra santa fe, y sea para todos nosotros un ejemplo patente de que, aún hoy, es posible practicar las virtudes de castidad y modestia, en medio de la corrupción terrible del siglo.